

Jane Austen

Sensatez y sentimiento

Traducción de José Luis López Muñoz



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Sense and Sensibility*

Primera edición: 2013

Cuarta edición: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Lucía M. Diz y Miguel S. Moñita

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: José Luis López Muñoz, 2013

© Alianza Editorial, S.A., Madrid, 2013, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-879-0

Depósito legal: M. 11.098-2022

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Volumen uno
11	Capítulo 1
18	Capítulo 2
26	Capítulo 3
33	Capítulo 4
41	Capítulo 5
46	Capítulo 6
52	Capítulo 7
58	Capítulo 8
64	Capítulo 9
72	Capítulo 10
81	Capítulo 11
88	Capítulo 12
95	Capítulo 13
105	Capítulo 14
112	Capítulo 15
123	Capítulo 16
132	Capítulo 17
140	Capítulo 18
147	Capítulo 19
160	Capítulo 20
170	Capítulo 21
182	Capítulo 22

193	Volumen dos
195	Capítulo 1
205	Capítulo 2
214	Capítulo 3
222	Capítulo 4
233	Capítulo 5
244	Capítulo 6
251	Capítulo 7
267	Capítulo 8
279	Capítulo 9
295	Capítulo 10
306	Capítulo 11
319	Capítulo 12
330	Capítulo 13
340	Capítulo 14

353	Volumen tres
355	Capítulo 1
373	Capítulo 2
385	Capítulo 3
394	Capítulo 4
405	Capítulo 5
416	Capítulo 6
424	Capítulo 7
438	Capítulo 8
460	Capítulo 9
470	Capítulo 10
482	Capítulo 11
492	Capítulo 12
498	Capítulo 13
516	Capítulo 14

Volumen uno

Capítulo 1

Los Dashwood llevaban mucho tiempo establecidos en Sussex. Dueños de extensas propiedades, vivían en Norland Park, su residencia familiar; allí, durante muchas generaciones, la respetabilidad de sus costumbres les había granjeado el general aprecio de los habitantes de la zona. El último propietario había sido un soltero que vivió hasta una edad muy avanzada y que durante muchos años tuvo a su hermana como compañera y ama de llaves. Pero la muerte de esta última, acaecida diez años antes de la suya, produjo grandes cambios en su hogar; porque para compensar su ausencia, el terrateniente invitó y recibió en su casa a la familia de Henry Dashwood, su sobrino, el heredero legítimo de sus propiedades, y la persona a quien se proponía legarlas. En compañía de su sobrino y de su esposa, junto con las tres hijas de ambos, transcurrieron de manera muy agradable los últimos años de la vida del anciano caballero. El afecto que sen-

tía por ellos no hizo más que crecer. La constante solicitud de Henry Dashwood y de su mujer, que procedía no sólo del interés, sino de la bondad de sus corazones, le permitió recibir el grado máximo de sólido bienestar que sus muchos años permitían; y la alegría de las hijas de la pareja añadió sabor a su existencia.

De un matrimonio anterior, Henry Dashwood tenía un hijo, además de las tres hijas que le había dado su segunda esposa. El hijo, un joven serio y respetable, disfrutaba de una situación muy desahogada gracias a la fortuna de su madre, que había sido importante, y de la que, al alcanzar la mayoría de edad, había recibido ya la mitad. Por otra parte, gracias a su matrimonio, que tuvo lugar poco después, aumentó su fortuna. Para él, por consiguiente, heredar las propiedades de los Dashwood no era tan importante como para sus hermanas; porque la fortuna de estas últimas, con independencia de lo que pudiera corresponderles en el caso de que su padre heredase las propiedades donde vivían, siempre sería pequeña. Su madre no tenía nada, y su padre sólo siete mil libras, dado que la otra mitad de la fortuna de su primera esposa pertenecía al hijo de ambos, y a Henry Dashwood sólo le correspondía el usufructo.

El anciano terrateniente murió y su testamento, al leerse, proporcionó, como casi todos los testamentos, tantas desilusiones como alegrías. El testador no había sido ni tan injusto ni tan desagradecido como para desposeer a su sobrino; pero le dejó las propiedades con unas condiciones tales como para destruir la mitad del valor del legado. Henry Dashwood había deseado aquella herencia más en beneficio de su mujer y de sus hijas que en el suyo

propio o en el del hijo de su primer matrimonio; pero a quien se destinó fue a su hijo, y a su nieto, un niño de cuatro años, y de una manera tal que Henry Dashwood quedaba sin poder alguno para asegurar el futuro de su segunda mujer y de sus tres hijas, las personas para él más queridas y más necesitadas de alguna salvaguarda frente a cualquier cambio en la propiedad o frente a la venta de sus valiosos bosques. Todo quedaba ligado a la familia del hijo varón, en beneficio del pequeño, quien, en sus esporádicas visitas a Norland, junto con sus padres, había conquistado el afecto del terrateniente, gracias al encanto nada inusual de cualquier niño de dos o tres años; su lengua de trapo, su deseo insaciable de salirse con la suya, sus muchas mañas y una gran cantidad de ruido bastaron para desbancar el valor de todas las atenciones que, durante años, había recibido el terrateniente de su sobrino, junto con su mujer y sus hijas. Dado que no era su propósito mostrarse cruel, dejó, sin embargo, mil libras a cada una de las tres jóvenes como muestra de su afecto.

Si bien la decepción de Henry Dashwood fue grande en un primer momento, como era alegre y optimista por naturaleza y parecía razonable que pudiera vivir aún muchos años, consideró que, si ahorraba lo suficiente, reuniría una suma importante del producto de unas propiedades ya considerables y que eran además susceptibles de mejoras casi inmediatas. Pero la fortuna, que había tardado tanto en presentarse, sólo le acompañó durante doce meses. No sobrevivió más tiempo a su tío; y diez mil libras, incluidos los últimos legados, fue todo lo que heredaron su viuda y sus hijas.

Se mandó a buscar al primogénito tan pronto como se tuvo conocimiento del peligro que corría su padre, y Henry Dashwood recomendó a John, su hijo, con toda la intensidad y el apremio que le permitió la enfermedad, que no descuidara ni los intereses de su madrastra ni los de sus hermanas.

John Dashwood no era una persona tan afectuosa como el resto de la familia, pero le impresionó recibir aquella recomendación en circunstancias tan solemnes, y prometió hacer todo lo que estuviera en su mano para atender los deseos de su padre. Henry Dashwood se tranquilizó mucho al obtener aquella seguridad y a partir de entonces John dispuso de tiempo suficiente para considerar qué era lo que —sin perder de vista la prudencia— le correspondía hacer por sus hermanas y por su madrastra.

No se le podría calificar en absoluto de joven mal dispuesto, a no ser que la considerable frialdad de su corazón y su egoísmo fueran equivalentes a estar mal dispuesto: era, en general, una persona respetada, que se comportaba de manera siempre correcta en el cumplimiento de sus obligaciones de todos los días. Si se hubiese casado con una mujer más afectuosa, podría haber llegado a ser todavía más respetable de lo que era; cabe que hubiese llegado él mismo a ser afectuoso, porque era todavía muy joven cuando se casó, y sentía gran cariño por su esposa. Pero la señora de John Dashwood era una caricatura implacable de su marido, mucho más estrecha de miras y mucho más egoísta.

A raíz de la promesa que le había hecho a su padre, John pensó en aumentar la fortuna de sus hermanas con

el regalo de mil libras a cada una. En aquel momento le pareció algo del todo factible. La perspectiva de contar con cuatro mil libras anuales, sumadas a los ingresos de que ya disponía, además de la otra mitad de la fortuna de su madre, le reconfortó en gran medida y le hizo sentirse capaz de un comportamiento generoso. «Sí, les daría tres mil libras, un gesto espléndido que bastaría para facilitarles la vida. ¡Tres mil libras! Podía desprenderse de una cantidad tan considerable sin ningún problema.» Pensó en ello durante todo el día, y durante otros muchos que siguieron, y no encontró motivos para arrepentirse.

Apenas concluido el funeral por su suegro, Fanny, la mujer de John, sin avisar siquiera de sus intenciones a la viuda, se presentó en Norland Park con su hijo y con todos sus criados. Nadie podía negarle el derecho a hacerlo; la casa era de su marido desde la muerte de Henry Dashwood; pero precisamente por eso fue todavía mayor la falta de delicadeza en su comportamiento, y tanto para una mujer en la situación de la señora Dashwood como, en términos generales, para cualquier persona normal tenía que ser muy desagradable; de todos modos el sentido del honor de la viuda era tan estricto, su generosidad tan romántica, que cualquier ofensa de aquella índole, fuera quien fuese el causante, se convertía para ella en fuente de eterna indignación. Fanny no había sido nunca persona muy querida por la familia de su marido; pero hasta aquel momento no había tenido oportunidad de demostrar hasta qué punto, cuando la ocasión se lo permitía, podía comportarse sin tener en cuenta el bienestar de los demás.

Tanto hirió a la señora Dashwood aquella descortesía, y tan de corazón despreció a su nuera por ello que, al presentarse esta última, habría abandonado Norland Park para siempre de no ser porque los ruegos de la mayor de sus hijas la llevaron a plantearse lo adecuado de una marcha tan brusca, y porque el tierno afecto que sentía por sus tres hijas le hizo después decidir quedarse y evitar, por su bien, una ruptura total con su hermano. Elinor, que así se llamaba la mayor, cuyo consejo resultó tan eficaz, poseía un discernimiento muy certero, y una gran imparcialidad en sus juicios, lo que la facultaba, pese a no tener más que diecinueve años, para ser la consejera de su madre y contrarrestar así con frecuencia, en beneficio de todos, la impulsividad de la señora Dashwood que, en la mayoría de los casos, habría desembocado en una imprudencia. Elinor tenía muy buen corazón; su manera de ser era afectuosa, y sus sentimientos, muy intensos; pero sabía gobernarlos, una ciencia que a su madre le faltaba aún y que la hermana que la seguía en edad había decidido no aprender nunca.

Las cualidades de Marianne igualaban, en muchos aspectos, a las de Elinor. Era una joven de gran sensibilidad e inteligencia, pero vehemente en todo: sus penas y sus alegrías carecían de moderación. Era generosa, simpática, interesante; era todo menos prudente. El parecido con su madre resultaba llamativo.

Elinor advertía, con preocupación, los excesos de la sensibilidad de su hermana; pero su madre los valoraba y le gustaban. Ahora se apoyaban entre sí en la violencia de su aflicción. De manera voluntaria renovaban el sufrimiento con la misma intensidad que en el primer mo-

mento, lo buscaban, lo recreaban una y otra vez. Se entregaban en cuerpo y alma a su dolor, buscaban aumentar sus desdichas mediante cualquier reflexión que pudiera contribuir a ello y rechazaban incluso la posibilidad de alcanzar consuelo en el futuro. También Elinor estaba muy afectada, pero eso no le impedía luchar, esforzarse. Fue capaz de hablar con su hermano, de recibir a su cuñada cuando llegó y de tratarla con la debida consideración; e incluso de esforzarse por animar a su madre para que hiciera lo mismo y se comportase con una paciencia similar.

Margaret, la hermana más pequeña, era una criatura con excelente humor y bien dispuesta, pero como ya se había apropiado de una buena dosis de las fantasías de Marianne, y no tenía tan buena cabeza como ella, no prometía, a los trece años, llegar a igualar en el futuro a sus hermanas.

Capítulo 2

La mujer de John se instaló como señora de Norland Park, y su suegra y sus cuñadas quedaron relegadas a la condición de invitadas. Como tales, sin embargo, recibían de ella un trato cortés; y de su marido, toda la amabilidad que era capaz de manifestar hacia personas distintas de él mismo, de su mujer y de su hijito. A decir verdad, John insistió, con cierta dosis de sinceridad, en que su madrastra y sus hermanas considerasen que Norland seguía siendo su hogar; y, dado que no se había materializado aún para las desposeídas ningún plan tan sensato como el de seguir allí hasta que encontraran acomodo en una casa cercana, aceptaron la invitación de John.

Seguir viviendo en un lugar donde todo le recordaba la felicidad perdida era ni más ni menos lo que convenía al estado de ánimo de la viuda. En un periodo de alegría, nadie estaba más animada que ella, ni poseía en mayor

grado la confiada esperanza en la felicidad que es la felicidad misma. Pero a la hora del dolor también tenía que dejarse llevar por su imaginación y, como en el caso de las épocas felices, no le resultaba posible aceptar términos medios.

Fanny, por su parte, no aprobaba en absoluto lo que su marido se proponía hacer en beneficio de sus hermanas. Reducir en tres mil libras la fortuna futura de su querido hijito significaría empobrecerlo de la manera más espantosa. Suplicó, por tanto, a su marido que reconsiderase su decisión. ¿Cómo justificar que privara a su hijo, vástago único por añadidura, de una suma tan importante? ¿Y qué posible título podían presentar las señoritas Dashwood, que sólo eran a medias familia suya, lo que Fanny consideraba que no era parentesco en absoluto, para reclamar de la generosidad de su hermanastro una cantidad tan importante? Era bien sabido que nadie creía que existiera el menor afecto entre los hijos habidos de distintos matrimonios; y ¿por qué tenía que arruinarse él, y arruinar a su pobrecito Harry, regalando todo su dinero a sus medio hermanas?

—La última petición que me hizo mi padre —replicó su marido— fue que ayudara a su viuda y a sus hijas.

—Me atrevería a decir que no sabía de qué estaba hablando; diez contra uno a que no le funcionaba bien la cabeza en ese momento. Si hubiera estado en su sano juicio no se le habría ocurrido algo tan absurdo como suplicarte que privases de la mitad de su fortuna a tu propio hijo.

—Mi padre no mencionó ninguna cantidad en concreto, mi querida Fanny; sólo me pidió, en términos generales, que las ayudara, y que les proporcionara una situación

más desahogada de la actual porque él ya no estaba en condiciones de hacerlo. Quizás habría sido mejor que lo dejara por completo en mis manos. Es imposible que pensara que iba a olvidarme de ellas. Pero como me exigió que le hiciera una promesa, no pude por menos de asentir a sus deseos; al menos eso fue lo que pensé en aquel momento. Le prometí lo que me pedía y tengo, por tanto, que respetar la palabra dada. Hay que hacer algo por ellas en el momento en que abandonen Norland y encuentren un nuevo hogar.

–Bien; en ese caso, hagamos algo por ellas, pero ese algo no tiene por qué ser regalarles tres mil libras. Piensa –añadió Fanny– que cuando uno se desprende de cualquier cantidad de dinero, no lo recupera nunca. Tus hermanas se casarán, y el dinero desaparecerá para siempre. Si, en cambio, pudiera volver a nuestro pobrecito hijo...

–Claro, tienes razón –dijo su marido, con gran seriedad–, eso supondría una gran diferencia. Podría llegar un momento en el que Harry lamentara que nos hubiésemos desprendido de una suma tan importante. En el caso, por ejemplo, de encontrarse con una familia numerosa, sería una adición muy conveniente.

–Por supuesto que sí.

–Quizás, entonces, sería mejor, para todos los interesados, que la cantidad se redujera a la mitad. ¡Quinientas libras supondrían un enorme aumento en las disponibilidades de mis hermanas!

–¡Claro que sí! ¡Sería un regalo más que generoso! ¿Qué hermano, sobre la faz de la tierra, haría la mitad de lo que dices, incluso aunque fuesen de verdad hermanas tuyas? ¡Porque la realidad es que sólo lo son a medias!

Claro que, a decir verdad, ¡eres por naturaleza una persona demasiado generosa!

—No me gustaría pasar por mezquino —replicó John—. En ocasiones así es mejor hacer demasiado que demasiado poco. Aunque nadie, de todos modos, podría pensar que no he hecho lo bastante por mis hermanas: ni siquiera ellas mismas pueden esperar más.

—No es posible saber qué es lo que quizá esperen —dijo Fanny—, pero nosotros no hemos de pensar en sus expectativas: la cuestión es saber qué es lo que tú te puedes permitir.

—Cierto; y creo que puedo permitirme darles quinientas libras a cada una. Tal como están las cosas, sin ninguna contribución por mi parte, dispondrán de unas tres mil libras cada una a la muerte de su madre, una fortuna muy desahogada para cualquier joven.

—Puedes estar seguro; y, a decir verdad, pensándolo bien, no cabe en ninguna cabeza sensata que quieran nada más. Tendrán diez mil libras a dividir entre las tres. Si se casan, sin duda les irá todo a pedir de boca, y, en el caso contrario, podrán vivir de manera muy desahogada con los intereses de diez mil libras.

—Eso es muy cierto, y, en consecuencia, no sé si, todo considerado, no sería más aconsejable hacer algo por su madre mientras viva en lugar de pensar en las hijas; algo en la línea de una anualidad, quiero decir. Mis hermanas, igual que ella, notarían los efectos positivos. Cien libras al año les permitirían vivir a las cuatro con mucha comodidad.

Su mujer vaciló un momento, sin embargo, antes de dar su aprobación al nuevo plan.

–Sin duda –dijo– eso es mejor que desprenderse de mil quinientas libras de una sola vez. Pero, pensémoslo con calma: lo cierto es que si la señora Dashwood viviera aún más de quince años saldríamos perdiendo.

–¡Más de quince años! Mi querida Fanny: no le pueden quedar de vida ni la mitad de esos años.

–Desde luego que no; pero si te fijas, la gente no se muere nunca cuando hay que pagarle una anualidad; y la señora Dashwood es una mujer robusta y sana y apenas con más de cuarenta años. Las anualidades son una cosa muy seria; vuelven a presentarse año tras año, y no hay manera de librarse de ellas. No te das cuenta de lo que propones. Sé mucho sobre problemas con anualidades, porque mi madre los padeció cuando tuvo que pagárselas a tres criados ya jubilados de acuerdo con el testamento de mi padre, y es asombroso lo desagradable que le resultó. Había que abonar las anualidades dos veces al año; y luego estaba el problema de hacerlas llegar; y después se dijo que uno de ellos había muerto, pero resultó que no era cierto. Mi madre estaba más que molesta. Sus rentas no eran suyas, decía, con aquellas perpetuas reclamaciones; y era de lo más cruel por parte de mi padre porque, de lo contrario, el dinero habría estado por completo a disposición de mi madre, sin restricciones de ningún género. Me ha hecho aborrecer hasta tal punto las anualidades que estoy segura de que no me comprometería a pagar una por todo el oro del mundo.

–Desde luego es una cosa bien desagradable –replicó John– tener que sufrir esa sangría anual. La fortuna propia, como tu madre muy bien dice, deja de serlo. Estar obligado a hacer un pago de manera regular, cuando lle-

ga la fecha señalada, no tiene nada de agradable, acaba con la independencia propia.

—Sin duda; y después de todo nadie te lo agradece. Esas personas se sienten con las espaldas bien seguras, porque sólo haces lo que está estipulado, y ni siquiera se crea sentimiento alguno de gratitud. Si estuviera en tu lugar, cualquier cosa que hiciese sería siempre como mejor me pareciera a mí. No me comprometería con una cantidad anual. En determinados años puede ser muy poco conveniente reducir en cien, o incluso en cincuenta libras, nuestros propios gastos.

—Creo que tienes toda la razón, amor mío; será mejor que no acordemos una anualidad en este caso; lo que les regale de cuando en cuando les supondrá siempre una satisfacción mayor que una anualidad, que sólo serviría, por otro lado, para hacer más dispendiosa su manera de vivir al tener la seguridad de unos mayores ingresos, y no serían por ello ni seis peniques más ricas al terminar el año. Será con diferencia el mejor sistema. Un regalo de cincuenta libras, de vez en cuando, evitará que pasen estrecheces y satisfará con amplitud, creo, la promesa hecha a mi padre.

—Por supuesto que sí. A decir verdad, si he de ser franca, estoy convencida en mi interior de que tu padre no imaginaba que les entregaras dinero en efectivo. La idea que tenía, en mi opinión, era sólo lo que razonablemente podía esperarse de ti; como, por ejemplo, buscarles una casita cómoda donde vivir, ayudarles a hacer la mudanza y mandarles algo de caza y de pesca, por ejemplo, cuando sea la época. Apostaría cualquier cosa a que no pasaba de ahí lo que te proponía; de hecho sería muy extraño

y poco razonable que lo hiciera. No tienes más que considerar, querido mío, con cuánto desahogo van a poder vivir la viuda y sus hijas con los intereses de siete mil libras, además de las otras mil que han heredado las tres chicas, lo que les producirá cincuenta libras de intereses a cada una, con lo que, por supuesto, pagarán a su madre la manutención. Dispondrán entre todas de quinientas libras anuales, y ¿para qué querrían más de eso? ¡Vivirán las cuatro con muy poco dinero! Los gastos de la casa serán casi inexistentes. No van a tener coche, ni caballos, y casi ningún criado; ¡no tendrán invitados ni gastos de ninguna especie! Imagínate el desahogo con que van a vivir. ¡Quinientas libras al año! Te aseguro que no se me ocurre cómo podrían gastar ni la mitad; y en cuanto a que tú les des más, es de todo punto absurdo pensar en ello. Serán ellas quienes estén en condiciones de darte a ti algo.

—A fe mía —dijo John—, creo que tienes toda la razón. Sin duda cuando me hizo aquella petición, mi padre no tenía otra idea que la que acabas de exponer. Ahora lo veo con toda claridad, y cumpliré con toda justicia mi promesa prestándoles ayuda cuando la necesiten y con manifestaciones de consideración como las que has descrito. Cuando mi madrastra se traslade a otra casa, les ayudaré con mucho gusto a que se instalen, dentro de mis posibilidades. Quizá también sea aceptable para entonces algún regalo de muebles sin mayor importancia.

—Sin duda —replicó su mujer—. Aunque, de todos modos, hay que tener en cuenta una cosa. Cuando tu padre y su segunda esposa se trasladaron a Norland, si bien vendieron los muebles de Stanhill, conservaron toda la

vajilla, así como la cubertería de plata y la ropa de casa, y ha pasado a ser propiedad de la viuda. Por consiguiente, su futuro hogar estará provisto de casi todo lo necesario en el momento en que lo ocupen.

—Ésa es una consideración importante, no cabe duda. ¡Una herencia muy valiosa! Aunque algunos de los objetos de plata habrían supuesto un complemento muy adecuado a nuestras disponibilidades presentes.

—Sí; y su juego de porcelana para el desayuno es el doble de elegante que el que nos corresponde. Demasiado elegante, si quieres saber mi opinión, para cualquier casa en la que puedan permitirse vivir. Pero así están las cosas, sin embargo. Tu padre pensó sólo en ellas. Y me vas a permitir que te diga lo que pienso: no tienes por qué tenerle ninguna gratitud especial, ni motivos para prestar atención a sus deseos, porque sabemos muy bien que, si hubiera podido, les habría dejado casi todo lo que poseía en el mundo.

Aquel argumento era irresistible, y aportó a las intenciones de John la firmeza que pudiera haberle faltado hasta aquel momento; por lo que a la larga resolvió que sería del todo innecesario, si no en extremo indecoroso, hacer por la viuda y por sus hijas cualquier cosa que no fueran las manifestaciones de buena vecindad que su esposa le había señalado.